

en el campo del arte reinen inteligencias listas á discernir el oro de la escoria, y gustos capaces de saborear con deleite las producciones felices del ingenio.

En las distintas épocas se han tributado á PRUDENCIO merecidos homenajes de admiración entre los sabios, desde Sidonio Apolinar, quien lo compara con el Príncipe de la lírica romana, hasta el punzante Erasmo, quien ante la memoria del ilustre poeta depone el natural rigor de su crítica y lo apellida el *Pindaro cristiano*; en la Edad Media se le rindió culto apropiado á los más encumbrados Doctores de la Iglesia, y al iniciarse la éra reformadora del Renacimiento, no fue parte la reacción contra los artistas cristianos para oscurecer del todo la gloria del representante de la lírica en el siglo IV.

Los asuntos profanos en que sin duda ejercitó sus facultades, antes de convertirse á una vida de ideales supra-terrenos, cayeron en olvido; pero sus cantos inspirados en el amor religioso lograron triunfo, explicable no tanto por las dotes indiscutibles de su autor, como por la excelencia de las fuentes en que bebió á raudales su inspiración.

Otros poetas del mismo siglo y de todas las edades, que sobrevivieron tristemente á su fama, habrían tal vez inmortalizado su recuerdo, si antes de entregarse á las explosiones rítmicas del sentimiento, hubieran salvado la esfera vulgar de lo terreno, y arrebatados en alas de la fe, no hubieran desdeñado explayar el vuelo de su fantasía en las regiones de la belleza sobrehumana.

(Continuará)

ARTURO ACUÑA

UNA VISITA AL SOBERANO PONTIFICE

Mediante eficaz recomendación del General Carlos Cuervo Márquez, Ministro de Colombia ante la Santa Sede, fui recibido en audiencia privada por Su Santidad Pío X, en su pieza de escritorio, el día 8 de Octubre de 1907, en unión de mi esposa y de mi hermana.

Introducidos con el ceremonial de rigurosa etiqueta, Su Santidad nos recibió de pie, y después de que arrodillados le besamos el anillo, nos invitó con cariño para que ocupáramos asiento: á mi esposa y á mi hermana al frente de la mesa del escritorio, y á mí en un sillón inmediato al de Su Santidad, cuyas vestiduras eran blancas.

Condensaré la relación de la visita en el diálogo que se leerá en seguida:

—Venimos á presentar á Vuestra Santidad nuestro homenaje de amor y veneración como á Vicario de Jesucristo y Rey del Patrimonio de San Pedro.

—Al Vicario de Jesucristo, porque del Patrimonio de San Pedro sólo queda el terreno que piso en el Vaticano, interrumpió Su Santidad con dulzura.

—Vuestra Santidad sabe que Dios dispone los acontecimientos á su debido tiempo.

—Así es.

—Tanto el Gobierno que preside el Excmo. Sr. General Reyes como los colombianos, deploramos la vileza de los ultrajes que diariamente prodiga á Vuestra Santidad y al clero católico, una prensa audaz é impía en Francia y en Italia.

—La actitud de Colombia y de su digno Presidente es para mí una compensación en las penas que sufro con la sistemática persecución á la Iglesia en los tiempos actuales.

—Si alguna vez se viere Vuestra Santidad obligado á salir de Roma, vaya á Colombia, en donde cinco millones de católicos recibirán á Vuestra Santidad con todo el respeto y amor que le es debido.

—Lo creo porque de ello he recibido pruebas inequívocas; pero eso no podrá suceder.

—Colombia es el único país en que, por medio de una ley, se reconoce el reinado de Jesucristo y su doctrina; y el Gobierno, eficazmente coadyuvado por el digno Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia, ha dispuesto la erección de un altar en la Catedral de Bogotá, con el objeto de perpetuar la memoria de aquel acto.

—Mucho lo celebro, porque eso atraerá las bendiciones del cielo sobre aquel país, dijo Su Santidad con ademán imponente y de convicción.

—El Excmo. Sr. General Reyes tiene acreditado ante Vuestra Santidad un Ministro competente y adicto á la Santa Sede.

—Es cierto, y Monseñor Ragonesi, Delegado Apostólico en Colombia, posee toda mi confianza.

—Me es grato manifestar á Vuestra Santidad que Monseñor Ragonesi ha prestado importantes servicios á mi país, sin duda en acatamiento á las instrucciones de Vuestra Santidad.

El retrato que Vuestra Santidad obsequió al General Reyes tiene al pie una dedicatoria escrita de mano de Vuestra Santidad, en la que le predijo que sería elegido Presidente de Colombia, que su Gobierno sería memorable por la paz y progreso de la Nación, y por la libertad y tranquilidad de la Iglesia Católica, por lo cual el Excelentísimo Sr. Presidente de Colombia me hizo el honorísimo encargo de poner en manos de Vuestra Santidad este ejemplar del *Boletín de Historia y Antigüedades*, que contiene datos sobre los hechos más culminantes de la vida del General Reyes, y concluye con la predicción de Vuestra Santidad, que se ha cumplido.

—Sí, lo recuerdo, se apresuró á decir Su Santidad. El General Reyes es un *Galantuomo* por quien tengo gran predilección: decidle que estimo debidamente el libro que me habéis entregado y que lo leeré con agrado.

Al recibir Su Santidad el *Boletín*, empezó á hojearlo: al ver el retrato del General Reyes, dijo con ingenuidad: Se parece, pero él es mejor.

Para terminar la visita, rogué á Su Santidad que nos bendijera en unión de mi hija Cecilia, de mi nieta María y de los demás miembros de mi familia.

—¿Tenéis una hija casada en Colombia? me interrogó Su Santidad.

—Sí, Santo Padre.

—¿ Y es feliz ?

—Hasta donde alcanza la felicidad humana, Santo Padre.

—Dad siempre gracias á Dios por ese gran beneficio, agregó Su Santidad.

En seguida nos bendijo, nos dio á besar el anillo, y ya salíamos, cuando mi esposa retrocedió y, con la tenacidad de las mujeres, volvió á ponerse de rodillas con mi hermana, y en esa actitud pidió á Su Santidad una bendición especial.

Entonces el Pontífice, con indescriptibles bondad y mansedumbre, bajó de la plataforma en que reposaba su sillón, elevó los ojos al Cielo, recitó unas preces en latín, nos bendijo de nuevo, entregó su mano sagrada para que le besáramos el anillo, y nos despidió con una sonrisa é inclinación de cabeza propias de un Soberano.

De la estancia de Su Santidad fuimos al departamento de Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado, Merry del Val, á quien presentámos nuestros respetos y condolencias por los atentados de que fue víctima en días pasados. Nos recibió con señaladas atenciones como á colombianos, se manifestó muy complacido por la actitud del General Reyes, y nos confirmó en todo los generosos sentimientos de Su Santidad respecto de nuestro país.

JOSE MARÍA CORDOVEZ MOURE

Octubre de 1908.

NUESTRAS FIESTAS

Empezaremos la crónica del presente mes, con el discurso que el Sr. Convictor D. José María de la Vega dirigió al Sr. Vicerrector el día de su cumpleaños, discurso de que ya hizo mención, en el número pasado, Escobar Roa, nuestro compañero de crónicas :